Carta de Argentina
Buenos Aires: arte en el barrio

Jorge Andrade

Cuando viví en los Midlands, cada sábado, al terminar mis obligaciones semanales, salía a caminar por las inhóspitas tardes inglesas. Mis pasos, sin que me lo propusiera conscientemente, solían llevarme hacia los suburbios industriales, donde yacían, como antiguos animales muertos, los cuerpos vacíos de las fábricas de la primera revolución industrial.

Un llamado ancestral me conducía a estos distritos abandonados, distantes de las previsibles atracciones de los centros urbanos. Era el ondear de la mano de un niño que, corporizándose en la niebla, me hacía señas desde el pasado en el barrio porteño de Barracas.

Viví los años de mi niñez, aquellos de los que no se puede renegar, en un barrio industrial y portuario, oyendo las sirenas de los barcos, respirando el olor apetitoso a galletitas de la fábrica cercana o el más ofensivo de las curtiembres, según de dónde soplara el viento, aunque siempre infiltrado por la fragancia secreta y amorosa del jazmín que crecía tras las tapias bajas. "Barrio de las Barracas" tomó su nombre de los depósitos que empezaron a levantarse a fines del siglo XVII y que aún hoy almacenan cueros, fardos de lana o de algodón, balas fragantes de yerba mate, mercaderías generales. Después fue Barracas del Riachuelo, por estar asentado junto al pequeño afluente del Río de la Plata conocido por ese nombre. Más tarde Barracas al Norte, por oposición a Barracas al Sud, la actual ciudad de Avellanada, que se le enfrenta desde la otra orilla. Y, por fin, Barracas a secas, nombre que conserva hasta el presente.

Barrio de inmigrantes que trabajaban en los frigoríficos, en el puerto, en la construcción. Padres italianos, españoles, polacos, yugoeslavos, rusos, armenios, alemanes, griegos, turcos de mis condiscípulos en el colegio, quienes frecuentemente eran ellos mismos italianos, españoles, checos, libaneses... Algunos de aquellos padres, más emprendedores o que, excepcionalmente, habían logrado reunir un pequeño capital, atendían a mi madre, inmigrante ella misma, en la carnicería, la verdulería, el almacén, la mercería; o a mi padre, hijo de inmigrantes, en la peluquería o la ferretería. Algunos, que tenían el oficio de tipógrafos, linotipistas, encuadernadores, y solían ser socialistas, comunistas o anarquistas, ocupaban un pequeño

escalón más alto en la sociedad barrial, económicamente hablando pero, sobre todo, desde el punto de vista cultural. Militaban en los centros partidarios, que eran lugares de adoctrinamiento político pero también de formación ciudadana y educativa, y allí colaboraban para dotar a los menos favorecidos de los medios que sirvieran para romper el círculo fatídico de reproducción económica y cultural a que los sometía el sistema. Fundaban bibliotecas populares para mejorarse a sí mismos pero, sobre todo, para que sus hijos tuvieran un futuro mejor y fueran médicos, abogados, ingenieros.

Muchos de mis convecinos seguían viviendo en las piezas de los inquilinatos con cocina y baño comunes, patio de baldosas rojas y malvones en las macetas. Los más pudientes alquilaban una casita o uno de los pocos apartamentos que empezaban a construirse en el barrio. Ninguno era propietario. Poco a poco, quienes juntaban algún dinero con su esfuerzo o conseguían un crédito hipotecario, se mudaban a Lanús, a Sarandí, a Remedios de Escalada, barrios del Gran Buenos Aires alejados del Centro, que se iban construyendo a consecuencia del impulso demográfico producido por la explosión inmigratoria.

Hoy, el barrio de Barracas, otrora "fabril y febril", según la metáfora inspirada de un bardo local, presenta el mismo aspecto desolador de los viejos distritos industriales ingleses abandonados, no obstante con un punto más de dejadez y ruina. Nada reemplazó a lo que ya no existe. Los edificios del siglo XIX están vacíos y se vienen abajo; sólo se salva alguno que fue rescatado para convertirlo en discoteca, en restaurante decorado con la cursilería que encanta a los nuevos ricos, o en centro cultural financiado por la fundación de un banco. Pero son la excepción. En el interior de la mayor parte de ellos se acumulan la basura y los restos de sus máquinas que no consiguieron ser vendidos como chatarra.

En un borde de este barrio, en un rincón urbano de callejuelas que se apelotonan contra el terraplén del ferrocarril, ha estallado una iniciativa de color. Los paredones grises del viaducto, los frentes descascarados de las que fueron dignas casas de la pequeña burguesía, la fachada neoclásica del caserón venido a menos de algún notable del pasado, adquirieron repentinamente el brillo inesperado del arte.

Una iniciativa personal acompañada por el fervor de los vecinos y, finalmente, por el apoyo de las instituciones oficiales, convirtió estas callecitas opacas que se desperezan tras la tapia de una antigua y respetada escuela normal nacional, en una galería de arte al aire libre. Aunque esta calificación no es apropiada, porque los muros de las casas no cumplen el papel pasivo de simples soportes de la obra, y aun cuando no son murales los que el pintor Marino Santa María ha imaginado para cubrir las fachadas, sus

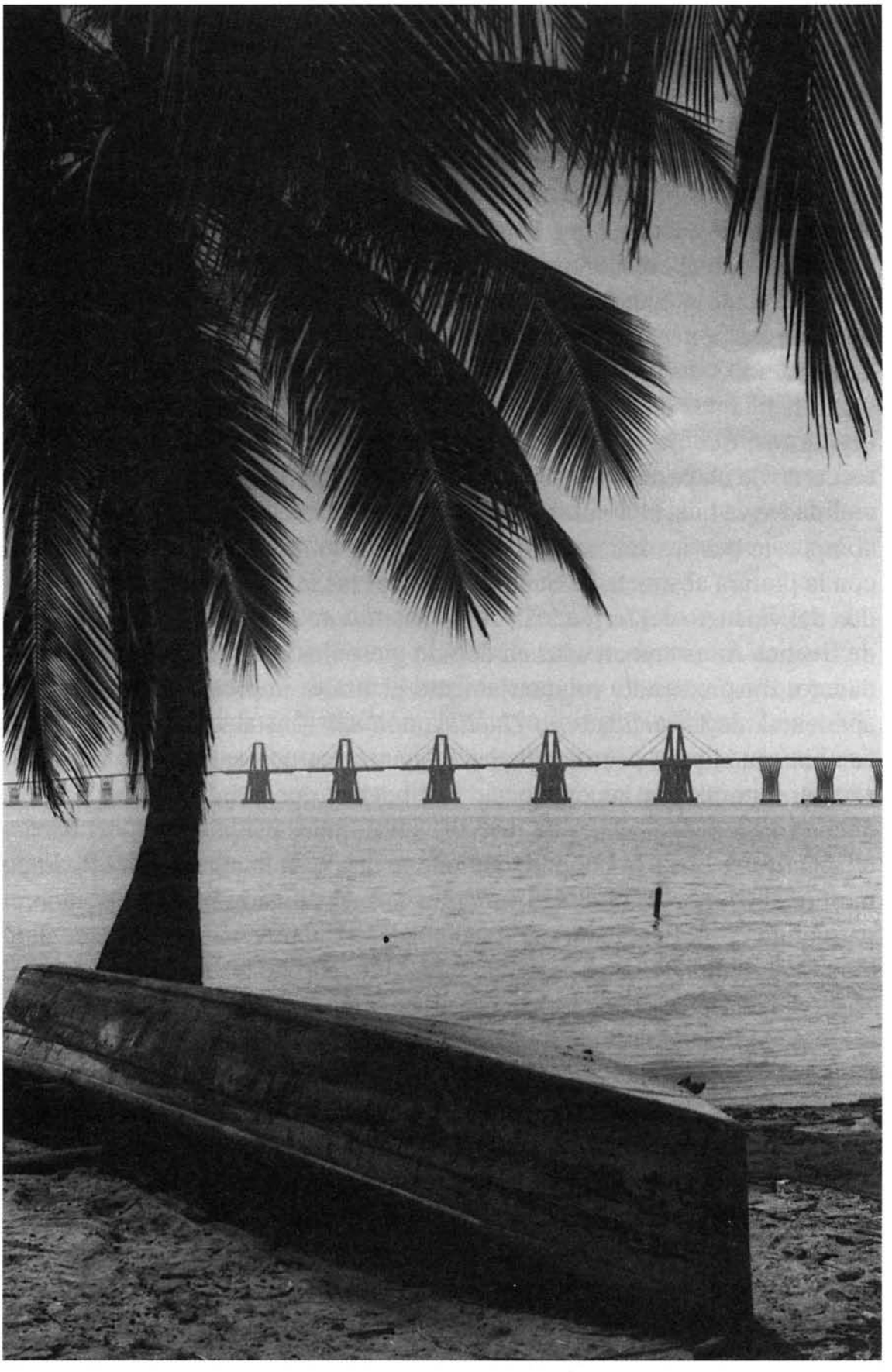
paneles no figurativos se adaptan a las formas de los frentes con ventanas verticales altas y angostas, y puertas de dos hojas.

El *Proyecto Lanín*, llamado así por el nombre de la calle donde el pintor vivió toda su vida y actualmente tiene su taller, fue concebido por Santa María con la idea de transformar la realidad urbana, gris, funcional y hoy deteriorada, por medio del color y la participación ciudadana. Las instalaciones e intervenciones que concibió el artista se realizaron bajo su dirección, pero con él colaboraron desinteresadamente otros plásticos, los entusiastas vecinos, estudiantes, así como los visitantes que, día tras día, transforman con su iniciativa las instalaciones dinámicas que forman parte de la obra.

Los habitantes de este rincón del barrio de Barracas sirven de cicerones orgullosos, que no se obstinan en recorrer el camino de la nostalgia y el recuerdo de un pasado mejor sino que guían a los visitantes a través de una realidad viva que, con voluntad y optimismo, fueron capaces de crear. Está compuesta por las intervenciones colectivas en las fachadas de las casas con la pintura abstracta de Santa María; por las instalaciones sobre el paredón del viaducto del ferrocarril, como *Huellas de aire* –fotografías del cielo de Buenos Aires enmarcadas en dorado y espejos que reflejan el cielo verdadero, trasgrediendo voluntariamente el límite impreciso que separa la apariencia de la realidad–, o *Huellas mínimas* –instalación dinámica que cambia con el paso continuo de los visitantes-participantes–; por la señalización, iluminación, reconstrucción de aceras; por la instalación de obras de internos en los jardines de los viejos hospitales psiquiátricos del barrio.

El *Proyecto* atrae al público, que afluye desde su inauguración el pasado mes de abril, por su vitalidad y osadía, y a su difusión han contribuido el patrocinio de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, que lo declaró de interés cultural, y el auspicio brindado por la UNESCO, el Museo Nacional de Bellas Artes, el Ministerio de Educación de la Nación, la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, y la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación.

El *Proyecto Lanín* muestra con el ejemplo cómo la ruina producida por el egoísmo, el individualismo, el interés sin tasa ni medida, la especulación el capitalismo salvaje, puede ser transformada en vida y color gracias al arte, al desinterés, a la solidaridad.



Paisaje marabino.